
Del púlpito a la calle: el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo en Argentina (1968–1971)

From the pulpit to the street: the Movement of Priests for the Third World in Argentina between 1968 and 1971

María Paz De La Cruz

UNGS

paz.dlc15@gmail.com

RESUMEN

Este artículo analiza el accionar del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) en Argentina entre 1968 y 1971, en el contexto del ciclo de protestas sociales durante la dictadura autodenominada “Revolución Argentina”. Se examinan sus principales intervenciones públicas, su articulación con el movimiento obrero y las formas de denuncia y acción pastoral empleadas como herramientas de resistencia social. A través del estudio del conflicto en la represa de El Chocón, el trabajo reconstruye cómo este sector del clero adoptó una postura política activa en defensa de los sectores populares, y reflexiona sobre el rol de la Iglesia como actor político en el marco latinoamericano de la Guerra Fría.

Palabras clave

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo; protesta social; dictadura “Revolución Argentina”; teología de la liberación; sectores populares.

ABSTRACT

This article analyzes the actions of the Movement of Priests for the Third World (MSTM) in Argentina between 1968 and 1971, within the context of the cycle of social protests during the self-proclaimed “Argentine Revolution” dictatorship. It examines the movement’s main public interventions, its ties with the labor movement, and its use of denunciation and pastoral action as tools of social resistance. Through a case study of the El Chocón conflict, the article explores how this clerical sector adopted a political stance in defense of popular sectors, reflecting on the Church's role as a political actor within the Latin American Cold War context.

Keywords

Movement of Priests
for the Third World;
Catholic Church;
social protest;
Argentine Revolution
dictatorship;
liberation theology;
political conflict;
popular sectors.

La confrontación entre EE. UU. y la URSS durante la Guerra Fría tuvo como campo de batalla fundamental Asia, África y América Latina. Estos territorios, ricos en recursos naturales esenciales, se convirtieron en espacios estratégicos cuya apropiación y control ofrecían ventajas decisivas en la competencia geopolítica. Las disputas se desarrollaron bajo una lógica colonialista y extractivista, marcada por la subordinación impuesta por las potencias enfrentadas. En este contexto, en la cúpula de la Iglesia Católica surgió una corriente renovadora que motivó el accionar de la misma en el Tercer Mundo para denunciar las situaciones de opresión que los países centrales imponían a los periféricos. El objetivo de dicha corriente fue acompañar los procesos de desarrollo y descolonización de los países tercermundistas.

Desde sus orígenes en 1968 el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), siguiendo los lineamientos de la renovación de la Iglesia propuestos por el Concilio Vaticano II (1962-1965), se abocó a desarrollar e impulsar una serie de acciones orientadas no sólo a concientizar al pueblo argentino sobre la situación de explotación e injusticia que padecía, sino también a posicionar a la Iglesia como parte activa de los movimientos sociales que la denunciaba, tanto desde la palabra como mediante los hechos.

El objetivo del siguiente trabajo es analizar el accionar del Movimiento en el ciclo de protesta de los trabajadores abierto en 1969 en Argentina, durante el régimen de la autodenominada “Revolución Argentina”. Para ello, nos enfocaremos en el período 1969-1971, etapa en la que, según la autora Gordillo (2003), se produjo un estallido de la rebelión popular a través de movimientos sociales de oposición al régimen. Analizaremos el pasaje de la cultura de la resistencia a la de confrontación, que propone la autora, y el papel que desempeñó el MSTM en este proceso, identificando el momento en que el Movimiento asumió un rol activo en el ciclo de protestas, pasando del púlpito a las calles, así como la fundamentación ideológica que respaldó dicha transformación.

Se realizará en primer lugar una contextualización del periodo a partir del golpe de Estado del general Juan Carlos Onganía. En segundo lugar, se abordarán las características principales del Movimiento (sus inicios, organización, lineamientos ideológicos, entre otras). En tercer lugar, se realizará una contextualización de los

principales conflictos de 1969 en las diferentes regiones del país y el accionar del Movimiento en los mismos. En cuarto y último lugar, nos detendremos en un caso, las huelgas obreras de Neuquén surgidas en la construcción de la represa de El Chocón, con el objetivo de presentar dicho acontecimiento como ejemplo clave de las líneas de acción del MSTM.

Años de resistencia

Desde el derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955 por la autodenominada “Revolución Libertadora”, en los gobiernos que se sucedieron se presentó un clima generalizado de descontento popular.

Como señala Gordillo (2003), se inició así un período de resistencia obrera frente a un sistema político que excluyó al peronismo y carecía de legitimidad real. Esta situación “llevaría a los marginados del sistema a la utilización de canales extraparlamentarios y a la creación de nuevas redes por donde exteriorizar la protesta” (Gordillo, 2003: 331).

Gordillo divide el período 1955-1973 en tres subetapas: La primera de ellas, que abarca desde 1956 hasta 1969, se caracterizó por la resistencia y protesta obreras manifestadas en huelgas prolongadas (como las de los sectores metalúrgico y naval), sabotajes, ocupación de fábricas y organización sindical clandestina (con comités de base y delegados autónomos que reemplazaron a las estructuras intervenidas por el Estado). Según la autora, es en esta etapa cuando los trabajadores organizados, los sectores juveniles y estudiantiles, así como otros movimientos sociales de oposición al régimen, entre ellos el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM), comenzaron a consolidarse como actores clave, cuyas prácticas se radicalizaron en las etapas posteriores.

La segunda etapa, de 1969 hasta fines de 1970, se caracterizó por el estallido de la rebelión popular a través de movimientos sociales de oposición al régimen. En esta etapa se destaca el Cordobazo que marcó un punto de inflexión, un “momento explosivo” (Gordillo, 2003: 332). En este contexto, el presente trabajo se propone indagar cómo el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) comenzó

a reconfigurar su accionar, avanzando hacia formas de intervención más activas y confrontativas, en sintonía con la intensificación del conflicto social.

Por último, de 1971 a 1973 se produjo el pasaje a la acción política, una fase que culminaría con el retorno de Perón.

En este sentido y con la finalidad de contextualizar históricamente la segunda etapa propuesta por Gordillo, cabe señalar que luego del golpe de Estado de 1955, se sucedieron débiles gobiernos civiles tutelados por las Fuerzas Armadas (Cavarozzi, 1983) hasta que en 1966 asumió el poder el general Juan Carlos Onganía mediante un nuevo golpe de Estado, instaurando la autodenominada “Revolución Argentina”. En el contexto internacional de la Guerra Fría y en claro alineamiento con la Doctrina de la Seguridad Nacional, la Revolución Argentina rechazó las innovaciones culturales y adhirió a la lucha contra el comunismo.

El régimen de Onganía se caracterizó por medidas propias de un Estado burocrático autoritario (O'Donnell, 2009), en el cual el poder político se concentró en las Fuerzas Armadas y en un grupo de técnicos a su orden, quienes implementaron acciones como la intervención de universidades, la suspensión de instituciones democráticas (mediante la disolución del Congreso, suspensión de partidos políticos y de las negociaciones colectivas) y la represión sistemática contra movimientos sociales, entre otras medidas. Estas acciones, como se mencionó anteriormente, dieron lugar tanto a la resistencia y a la exteriorización de la protesta por parte de los actores opositores al gobierno, como al estallido de la rebelión popular. En cuanto a las medidas económicas, según Healey (2003), el objetivo de la Revolución Argentina fue profundizar los procesos de modernización económica. Este propósito privilegió a las grandes industrias e inversores, en detrimento de otros actores económicos, como el sector agrario. A su vez, se implementaron medidas de disciplinamiento hacia la clase obrera, que buscaron debilitar a los sindicatos mediante la reducción de su poder y sus recursos (Healey, 2003).

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM)

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) representó en Argentina una corriente renovadora dentro de la Iglesia Católica durante los años sesenta, que vinculó la fe cristiana con las luchas populares locales. Influenciado por el Concilio Vaticano II y la Teología de la Liberación, el MSTM asumió un rol activo en el Tercer Mundo, compuesto por países que, en el contexto de la Guerra Fría, padecían la opresión de las potencias centrales que veían estos territorios como ricos en recursos estratégicos clave para expandir sus dominios. En este marco, en Argentina, el movimiento buscó concientizar sobre la explotación, denunciar las injusticias sociales y acompañar a los sectores más vulnerables. Su accionar generó no solo continuas desaprobaciones del régimen político, sino también tensiones internas en la Iglesia entre un sector conservador aliado al régimen y otro comprometido con los cambios sociales.

Los orígenes del movimiento se pueden rastrear en una renovación de la cúspide de la Iglesia, según Pontoriero (1991), los papas Juan XXIII y Pablo VI llevaron a cabo esta renovación en el contexto de un nuevo mundo de posguerra. A través de dos encíclicas fundamentales “Mater et magistra” (1961) y “Pacem in terris” (1963) y el Concilio Vaticano II (1962-1965) se inició un proceso que acercó la Iglesia a los problemas del Tercer Mundo.

El papa Juan XXIII sostenía que la Iglesia debía acompañar los fenómenos de descolonización y de desarrollo de los países del Tercer Mundo. Asimismo, solicitaba a las naciones o países centrales que no sacarán provecho de las situaciones de los países subdesarrollados. Los católicos debían comprometerse a trabajar en pos de una mayor justicia social (Pontoriero, 1991).

En sintonía con esta renovación impulsada desde el Concilio Vaticano II, el pensamiento del MSTM se nutrió de las ideas de la Teología de la Liberación, corriente que emergió en América Latina. “Se hace, en efecto, cada vez más evidente que los pueblos latinoamericanos no saldrán de su situación sino mediante una transformación profunda, una revolución social, que cambie radical y cualitativamente las condiciones en que viven actualmente” (Gutiérrez, 1971: 126-127), escribió el padre Gustavo Gutiérrez en 1971 en su libro Teología de la liberación,

obra en la que se ve reflejado el pensamiento del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y de otros sectores eclesiásticos comprometidos con las luchas sociales del Tercer Mundo. Esta corriente teológica, al articular una lectura crítica de la realidad desde la fe, generó profundas tensiones dentro de la Iglesia Católica, que ese mismo año expresó su primera desaprobación oficial. La influencia de estas ideas fue tan significativa que la dicotomía entre una iglesia popular y otra institucional comenzó a debatirse incluso en los niveles más altos de la jerarquía eclesiástica.

En Argentina, comenzó a desarrollarse una corriente de renovación teológica que se diferenciaba de la Iglesia identificada con el poder y con el derrocamiento de Perón. Dicha corriente promulgaba un acercamiento con los trabajadores y los pobres.

La fuerte politización de los años 1955-1964 alcanzó al sector juvenil. Algunas de las organizaciones juveniles católicas destacadas por su accionar durante el periodo fueron la Juventud Universitaria Católica (JUC), la Juventud Obrera Católica (JOC) y las facciones de la Democracia Cristiana. Con el proceso de renovación del catolicismo, los jóvenes se organizaron en espacios en donde comenzaron a denunciar la opresión y las injusticias. Entre 1964 y 1968, muchos de estos jóvenes comenzaron a integrarse a grupos revolucionarios y a agrupaciones de izquierda con un rol fundamental en las movilizaciones de 1969. Con la autodenominada “Revolución Argentina” la intervención a las universidades conocida como “La Noche de los Bastones Largos” y la desarticulación del sistema universitario, la actividad política juvenil que antes se enmarcaba en el ámbito universitario buscó canales alternativos. La militancia católica en las organizaciones ya mencionadas fue uno de ellos (Pontoriero, 1991). Esto marcaría el inicio de una fusión entre la juventud y el MSTM que dejaría huellas en las luchas del período.

En mayo de 1968 se produjo el primer encuentro que dio origen al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. En dicho encuentro se estableció la organización del movimiento: se llevaría a cabo una junta con tres secretarios nacionales y un secretario general y se dividiría el mismo por regiones, cada una de ellas con un coordinador regional. También se encomendó la creación de un boletín denominado Enlace, cuyo objetivo era mantener el contacto entre los miembros del MSTM (Pontoriero, 1991). El boletín sería dirigido por el padre Carbone, quien más adelante

cobraría protagonismo en los enfrentamientos entre el MSTM y los gobiernos de facto de Juan Carlos Onganía y el de su sucesor Roberto Marcelo Levingston.

En ese mismo año, el Movimiento se alineó con la CGT de los Argentinos liderada por Raimundo José Ongaro (perteneciente al gremio de los trabajadores gráficos). Esta alianza fue fundamental para ambas organizaciones, transformándose en fuertes opositores del régimen militar.

Esta etapa coincide con los años en los que según Gordillo (2003) se fueron conformando los actores que tendrían un rol fundamental en la etapa “explosiva” de 1969. En este caso: el MSTM, los sindicatos y la juventud.

Según Pontoriero (1991), en sus numerosos encuentros el Movimiento fue expresando y conformando su lineamiento ideológico y su postura frente a la injusticia, violencia, opresión y represión que sufría América Latina y en particular Argentina con el régimen de la Revolución Argentina. En sus informes establecieron que en América Latina existían dos tipos de violencia: una violencia estructural ilegítima que se ejercía desde una minoría de privilegiados hacia el pueblo explotado. La misma implicaba el hambre y desamparo del subdesarrollo y se ejercía desde el sistema político, económico y social imperante en América Latina. Y otra que, frente a esta violencia se presentaba como una violencia legítima y justa que era aquella llevada a cabo por el pueblo oprimido cuando debía usar la fuerza para liberarse de su opresión (Pontoriero, 1991).

Esta perspectiva puede entenderse en el marco del debate teórico-político sobre el uso legítimo de la fuerza. Desde una mirada contractualista, John Locke sostenía que:

El uso de la fuerza solo está justificado cuando a un hombre no se le permite buscar remedio mediante recurso legal; y que sin más hace uso de su fuerza, se pone a sí mismo en estado de guerra y hace que sea legal toda resistencia que se le oponga. (Locke, 1994: 38).

Bajo esta lógica, la violencia deja de ser ilegítima cuando ya no existen canales institucionales de defensa para los oprimidos. En este sentido, el MSTM reconoció la existencia de una violencia estructural (económica, política y social) ejercida sobre el pueblo por parte del régimen autoritario de la autodenominada “Revolución Argentina”. Desde allí, justificó la noción de “violencia legítima” del pueblo como un acto de autodefensa y liberación frente a esa opresión estructural.

Frente al contexto autoritario de los gobiernos de la autodenominada “Revolución Argentina”, el Movimiento se comprometió así a realizar una serie de acciones: despertar en los hombres y pueblos una viva conciencia de justicia, defender según el mandato evangélico los derechos de los pobres y oprimidos (instando a gobiernos y clases dirigentes a que eliminen todo lo que destruya la paz social), denunciar los abusos e injusticias (consecuencias de las grandes desigualdades entre ricos y pobres) favoreciendo la integración, formar hombres comprometidos con la paz a través de la catequesis, predicación y liturgia (Pontoriero, 1991). Fue así como el MSTM fue desplazando progresivamente su labor pastoral hacia un accionar directo en los conflictos del periodo, asumiendo un compromiso activo con las problemáticas sociales, mediante la denuncia de las injusticias, la defensa de los sectores más vulnerables y la promoción de transformaciones orientadas a la justicia social.

Un hecho ejemplificador de estas acciones ocurrió en diciembre de 1968, cuando el gobierno de Onganía anunció la erradicación de las villas de emergencia de la Capital Federal, argumentando que estos asentamientos eran focos peligrosos de subversión, delincuencia y desorden. Muchos sacerdotes alineados al MSTM trabajaban en estas villas asistiendo espiritualmente y colaborando en procesos de organización comunitaria, tales como la construcción de viviendas, centros de salud, comedores y espacios educativos. En contra de esta orden del gobierno, organizaron una manifestación silenciosa frente a la Casa Rosada y le entregaron una carta a Onganía firmada por 68 sacerdotes manifestando su repudio a este accionar (Pontoriero, 1991).

Otro ejemplo fue la denominada “Navidad rebelde”. Según Pontoriero (1991), en dieciocho ciudades argentinas, sacerdotes tercermundistas y laicos, entre el 22 y 24 de diciembre de 1968, ayunaron como penitencia y protesta por las injusticias del

país. En algunos lugares se suprimieron las misas de Nochebuena. A su vez, denunciaron en un manifiesto las injusticias sociales que se vivían: hambre, analfabetismo, discriminación, la injusta distribución de las tierras, entre otras.

El trabajo llevado a cabo por los sacerdotes del Movimiento implicaba un amplio marco de posibilidades. Como sostiene Catoggio (2016), las acciones de los sacerdotes “posconciliares” estaban destinadas a diferentes ámbitos (la fábrica, la universidad, la villa, la comunidad, la cooperativa rural, etc.) y a diferentes sujetos (los trabajadores, los jóvenes, los indígenas, los pobres).

Las acciones del movimiento fueron llevadas a cabo no sin la firme oposición de una parte de la Iglesia identificada con el régimen. Según Healey (2003), en este periodo la Iglesia estaba fuertemente tensionada. Por una parte, una facción se caracterizaba por un catolicismo de élite que tenía gran influencia en la Revolución Argentina. Esta Iglesia conservadora llevaba a cabo “cursillos de la cristiandad” que tenían su origen en Francia y consistían en reuniones entre militares y civiles en las que se articulaban valores tradicionales religiosos con ideas políticas de orden, autoridad y anticomunismo. De esta manera, este sector asumió un rol activo en la legitimación del orden político y social impuesto por el gobierno de la autodenominada “Revolución Argentina”. Por otro lado, se expandía la Iglesia relacionada con el catolicismo popular y contestatario, como el MSTM, opositores fundamentales a la dictadura.

A principios de 1969, el arzobispo de Buenos Aires Juan Carlos Aramburu, aliado al régimen, les ordenó a los curas de su arquidiócesis abstenerse de realizar o participar de actos públicos con contenido político, social o económico sin su autorización. Frente a esta directiva, varios miembros del MSTM adoptaron diversas medidas. Por ejemplo, los sacerdotes terciaristas de Tucumán respondieron:

¿Cómo quieren padre que los sacerdotes en contacto con la realidad vital que padece nuestro pueblo, queden callados esperando instrucciones que no llegan, si es vox populi que nuestros obispos, salvo honrosas excepciones, parecen estar en connivencia con las actuales autoridades de instituciones causante de los males que es preciso denunciar? (Pontoriero, 1991: 45).

Este conflicto tuvo repercusiones en la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA) que envió un comunicado sosteniendo que consideraba elemental que la Iglesia se haga solidaria con aquellos sacerdotes que eligieron el duro camino hacia la lucha contra la injusticia (Pontoriero, 1991).

La tensión entre las diferentes facciones de la Iglesia continuaba en aumento.

Mayo de 1969 en Argentina

En mayo de 1969, se acentuó la ola de protestas que venían produciéndose en diferentes partes del país. Según Gordillo (2003), la protesta obrera se transformó en rebelión popular, lo que marcó el inicio de la descomposición del régimen. Para los trabajadores, el no restablecimiento de las convenciones colectivas, prometido por el gobierno, fue un golpe duro que implicó un descontento obrero generalizado y, como sostiene la autora, desencadenó una serie de manifestaciones reivindicativas.

El MSTM participó activamente en las distintas movilizaciones a lo largo del país, a través de sus distintas regionales. Su accionar se basó en denuncias, participación activa en las marchas o acciones de protesta, acompañamiento de los manifestantes, entre otras acciones.

El 15 de mayo, en una protesta de las organizaciones estudiantiles en Resistencia y Corrientes por la privatización de los comedores universitarios, la policía correntina mató a un alumno. En Córdoba, el conflicto se desató a partir del 14 de mayo luego de la promulgación de la ley que eliminó el sábado inglés. Hubo enfrentamientos con la policía y paro total de actividades. En Rosario, en una manifestación contra el asesinato del estudiante correntino Juan José Cabral, la policía disparó y mató a otro estudiante Luis Norberto Blanco de 15 años.

A partir del 20 de mayo, los conflictos se generalizaron en las ciudades más importantes del país, con tintes cada vez más violentos; paros y movilizaciones, enfrentamientos entre los manifestantes y las fuerzas de seguridad, asesinatos, heridos, entre otros hechos.

Sacerdotes, obreros y el pueblo cordobés llevaron a cabo una gran “marcha del silencio”, en repudio al accionar policial en Córdoba en medio de los conflictos. Miembros del MSTM de Goya, Corrientes, Reconquista y Resistencia denunciaron los atropellos policiales que se cometieron contra la juventud universitaria en los sucesos anteriormente mencionados. En su denuncia manifestaron que el país se encontraba bajo el control de una minoría privilegiada que sostenía por la fuerza el régimen político y un sistema social injusto. Los sacerdotes se negaron a realizar misas o participar en actos correspondientes a la celebración del 25 de mayo a modo de protesta (Pontoriero, 1991).

En el funeral de los estudiantes Cabral y Blanco se hicieron presentes sacerdotes del Movimiento, quienes en su discurso apoyaron la lucha del pueblo. El 28 de mayo emitieron un comunicado crítico sobre el estado de violencia que impedía que la mayoría del pueblo oprimido accediera a bienes fundamentales y ejerciera su participación política y social. El 27 de junio, los coordinadores regionales del Movimiento dieron a conocer su interpretación de los sucesos en el “Cordobazo”. Frente a las acusaciones que había realizado el gobierno sobre el suceso, negaron que se tratara de hechos realizados desde organizaciones “subversivas” manejadas desde el exterior, y sostuvieron que se trató de una “reacción espontánea del pueblo cordobés” (Pontoriero, 1991: 58). También manifestaron que ese fenómeno era un anticipo de lo que sucedería en Argentina y América Latina si la violencia estructural no cesaba.

Estas denuncias y el accionar del tercermundismo acentuaron el enfrentamiento con el régimen que comenzaba a tildar al movimiento de subversivo y comunista. El sector conservador de la Iglesia lo denunció en numerosas ocasiones y advirtió al gobierno sobre la ideología marxista del MSTM (Pontoriero, 1991).

En Tucumán, el movimiento había apoyado las manifestaciones de los trabajadores del azúcar. En esta provincia, a partir del golpe, se llevó a cabo un proceso de racionalización de los ingenios azucareros que implicó el cierre de aquellos ingenios que se encontraban en bancarrota. Debido a esto, la tasa de desempleo subió exponencialmente generando que muchos trabajadores migraran hacia otras regiones del país. Según Healey (2003), el plan solo tuvo éxito para los grandes

cañeros y dueños de los establecimientos más importantes. Esto generó una resistencia generalizada a lo largo de la década de los sesenta y principios de los setenta. Frente a un sindicato que tenía poca representación de los trabajadores, la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (FOTIA), curas y vecinos conformaron comités de defensa, fundamentales para las luchas. Muchos de estos sacerdotes luego formaron parte del MSTM. A partir de 1968, el Movimiento, junto con la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA), desempeñaron un papel central en la oposición al régimen en Tucumán (Healey, 2003).

Según Gordillo (2003), a partir de marzo de 1969, se abrió un nuevo ciclo de protesta en Tucumán que comenzó con una marcha encabezada por un sacerdote tercermundista. La marcha se realizó para solicitar que se paguen los salarios de los trabajadores del ingenio Bella Vista, que había sido cerrado. Las movilizaciones continuaron en los siguientes meses, también encabezadas por sacerdotes, delegaciones obreras, sectores juveniles y estudiantes.

El “Choconazo”: un estudio de caso

El denominado “Choconazo” es un ejemplo clave del accionar del Movimiento en este contexto. Según Healey (2003), la construcción de la represa de El Chocón en Neuquén tenía como objetivo proveer de electricidad para consumidores y para la industria del litoral. El proyecto había sido presentado años antes, pero en 1968 se relanzó bajo préstamos y supervisión del Banco Mundial, y fue gestionado por la empresa semiprivada Hidronor. La ejecución de la obra de El Chocón fue adjudicada por Hidronor a las empresas Impregilo, de origen italiano, y Sollazo Hnos., de Argentina.

El proceso de construcción de la represa, según señala Healey (2003), estuvo atravesado por prácticas autoritarias que desencadenaron una movilización obrera de gran repercusión a nivel nacional. Como expone Taranda (2014), los delegados elegidos por los propios trabajadores denunciaban la inexistencia de categorías laborales, jornadas de 10 horas con salarios reducidos, y el incumplimiento en el pago correspondiente por tareas específicas, como un adicional del 15 % por el “colado”

del hormigón y un 10 % por trabajos en altura durante el montaje. Además, la falta de condiciones adecuadas de seguridad provocó la muerte de ocho obreros en distintos accidentes laborales (Healey, 2003). A esto se sumaban el maltrato por parte de los capataces, la atención médica prácticamente inexistente, la escasez de productos de primera necesidad y las pésimas condiciones de higiene del comedor. Por fuera del ámbito laboral, las viviendas construidas alrededor de la obra eran precarias, con graves deficiencias en términos de salubridad y habitabilidad (Taranda, 2014).

Según Healey (2003), la Unión Obrera de la Construcción (UOC), sindicato responsable de representar a los trabajadores del sector, se encontraba alineada con los intereses de la empresa y del Estado. El cura obrero Pascual Rodríguez, figura clave en “El Choconazo”, sostenía que, en relación con los delegados designados por la seccional Neuquén de la UOC, uno de ellos ni siquiera asistía a la obra y el otro, aunque presente en el lugar, reconocía que sus reclamos no eran tenidos en cuenta por la dirigencia sindical (Taranda, 2014). Ante esta falta de representación efectiva, emergió una organización de base compuesta por los propios obreros de la obra. En una asamblea autoconvocada, fueron elegidos como delegados Antonio Alac (chofer de camiones), Armando Olivares (del sector de mantenimiento eléctrico) y Edgardo Torres (de origen rural). Esta elección se realizó al margen de los procedimientos legales establecidos por la Ley de Asociaciones Profesionales, sin convocatoria formal, sin presentación de listas y sin la participación de representantes de la seccional Neuquén de la UOC.

La empresa se negó a reconocer la legitimidad de los delegados elegidos por los propios trabajadores. Esta negativa, sumada a los despidos de Alac, Olivares y Torres, así como a su posterior entrega a la policía, desencadenaron una huelga. A partir de 1969, los obreros se organizaron para enfrentar sus problemáticas laborales y sociales, lo que los llevó a un enfrentamiento con el gobierno, las empresas y la burocracia sindical (Healey, 2003).

Cómo analiza Azconegui (2012), en Neuquén la llegada del obispo Jaime de Nevares alineado con las ideas del Concilio Vaticano II (1962-1965) y luego adherente del MSTM, había implicado un impulso en las diferentes diócesis neuquinas al

acercamiento con el pueblo y sus problemas. Más tarde, según la autora, gran parte del clero neuquino adhirió al MSTM una vez que este fue creado.

Antes de la creación del movimiento en Neuquén, se había conformado el Secretariado de Estudios y Acción Social cuyo objetivo era promover las ideas reformistas de la Iglesia posconciliar. Esto se reflejó en la incorporación de sacerdotes al mundo laboral: “curas obreros”. El objetivo era la formación de vínculos con los trabajadores y la participación directa de curas en conflictos sociales y políticos, en defensa de los oprimidos y denunciando las injusticias (Azconegui, 2012).

En el “Choconazo”, las protestas obreras contaron con el apoyo fundamental del obispo Jaime de Nevares, quien actuó como mediador en el conflicto y respaldó la causa de los trabajadores (Taranda, 2014). Asimismo, desde el interior de la obra, el cura obrero Pascual Rodríguez, mencionado anteriormente, no solo apoyó la lucha, sino que fue un actor clave en la movilización. Según Pontoriero (1991), durante los enfrentamientos entre las fuerzas policiales, la gendarmería y los obreros, varios trabajadores fueron encarcelados, incluido el propio Pascual Rodríguez. En respuesta a estos hechos, un grupo de sacerdotes alineados con el MSTM emitió un comunicado denunciando las medidas represivas en el marco del conflicto, respaldando al obispo Jaime de Nevares, repudiando el encarcelamiento y despido de los obreros, y calificando a El Chocón como un “campo de concentración” (Pontoriero, 1991: 68).

El gobierno nacional, tras la evidente dificultad para contener el conflicto, nombró al gobernador Felipe Sapag, quien desempeñó un rol conciliador. A partir de 1970, se llevaron a cabo medidas sociales por parte de la empresa y los sindicatos como la creación de un club obrero, mejoras en la clínica médica, entre otras. El conflicto también mermó por un cambio de delegados en el sindicato que adoptaron una postura más conciliadora (Healey, 2003).

La Iglesia de Neuquén y su obispo apoyaron a los obreros y criticaron fuertemente el accionar del empresariado y las autoridades en las huelgas. El obispo Nevares se negó a asistir a la inauguración de una capilla construida en 1971 en los alrededores de la obra, ya que sostuvo que la misma era “fruto de la injusticia y una prueba de la intromisión en su autoridad” (Healey, 2003:202). Según Pontoriero, el ministro del interior y funcionarios neuquinos denunciaron la intromisión del MSTM

en este conflicto. Algo que nos demuestra la capacidad de acción real del Movimiento en este periodo.

El Choconazo es un caso paradigmático del accionar del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) en los conflictos sociales del periodo, evidenciando su acompañamiento activo a los trabajadores en la defensa de sus derechos. En este contexto, el MSTM no solo respaldó sus demandas, sino que en muchos casos asumió un rol sustitutivo ante la ausencia de una representación sindical efectiva.

Meses después del Choconazo, más precisamente el 1 de junio 1970 se produjo un hecho clave que según Pontoriero (1991) anunció el inicio del desgaste del MSTM: el secuestro y asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu por el comando guerrillero de Montoneros. Los jóvenes vinculados al caso eran católicos relacionados con actores del MSTM.

En la investigación no se tardó en acusar el accionar del Movimiento como elemento clave para impulsar el hecho, se inició una investigación policial sobre curas tercermundistas que llevó al encarcelamiento del padre Carbone. En medio de las denuncias realizadas por la facción conservadora de la Iglesia y los medios de comunicación aliados al gobierno, un grupo de laicos acusó al movimiento de envenenar las mentes y corazones juveniles, según ellos: “jóvenes recién asomados a la vida que por su origen no han sufrido en su propia carne ni miserias ni las injusticias, han sido lanzados al empleo de la violencia por quienes propician viejas utopías y nuevas ilusiones” (Pontoriero, 1991:78), refiriéndose claramente al Movimiento.

Aunque a fines del 70 culminaría el “momento explosivo” (Gordillo, 2003: 332), el Movimiento siguió apoyando las diferentes situaciones de opresión e injusticia argentinas. No obstante, su accionar en las diferentes movilizaciones obreras y juveniles comenzó a mermar ante las dimensiones que tomó el asesinato de Pedro Eugenio Aramburu en 1970.

¿El fin?

A modo de cierre, podemos preguntarnos: ¿Cómo y por qué un movimiento de sacerdotes del Tercer Mundo decidió abandonar el púlpito para sumarse a las protestas populares? ¿Cómo justificaron ese accionar?

Como vimos, el accionar del MSTM en Argentina entre 1968 y 1971 se desarrolló en un contexto marcado por la Guerra Fría, que dividió al mundo en dos bloques y se tradujo en América Latina en una fuerte opresión sobre los países subdesarrollados. Durante la dictadura de Onganía, con la disolución de los partidos políticos, el Congreso y la persecución de ciudadanos considerados “subversivos” bajo la lógica de la Doctrina de Seguridad Nacional, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo asumió un papel protagónico en el espacio público mediante una actuación más visible y confrontativa. Lo hizo apelando a la noción de “violencia legítima”, entendida como una respuesta ética y política a la “violencia estructural” ejercida por una minoría dominante, y como un derecho del pueblo oprimido.

Frente al avance de las medidas autoritarias de la autodenominada “Revolución Argentina” y la respuesta popular expresada en estallidos sociales, el Movimiento intensificó su intervención, especialmente durante lo que Gordillo denomina el “momento explosivo” del período (1969-1970). En Corrientes, participaron en las marchas del silencio y denunciaron la violencia policial, en Córdoba rechazaron públicamente la narrativa oficial que calificaba a las protestas del “Cordobazo” como acciones “subversivas” impulsadas desde el exterior. En Tucumán, en el Ingenio Bella Vista, encabezaron movilizaciones por reclamos salariales. En la obra de El Chocón, no sólo denunciaron las injusticias laborales y oficiaron de mediadores, sino que también se involucraron directamente en las protestas.

Cuando el MSTM decidió tomar acción en defensa de los sectores populares, lo hizo en consonancia con los principios proclamados en sus primeros encuentros: despertar una viva conciencia de justicia, defender a los pobres y oprimidos, denunciar las desigualdades sociales y formar hombres comprometidos con la paz desde una perspectiva evangélica.

De este modo, no solo cumplieron con sus objetivos originales, sino que fueron más allá: generaron espacios de crítica interna dentro de la Iglesia Católica y, frente a sindicatos alineados con los intereses del poder y a la debilidad o ausencia de representación sindical (como ocurrió con la FOTIA en Tucumán o la UOC en El Chocón), oficiaron como representantes de las demandas obreras. El MSTM logró extender su accionar a diversos ámbitos estratégicos de la vida social y política del período, convirtiéndose en un actor clave en múltiples frentes de lucha. Su presencia no se limitó al ámbito eclesiástico, sino que se desplegó en fábricas, universidades, villas, comunidades rurales y obras de infraestructura, acompañando a trabajadores, estudiantes, jóvenes y sectores populares, entre otros actores centrales del período.

Este accionar del Movimiento lo convirtió en un actor central de la oposición al régimen. Su protagonismo provocó la reacción del sector conservador de la Iglesia, que los acusó de tener una infiltración comunista. Como sostiene Catoggio (2016), las luchas internas de la Iglesia traspasaron las puertas de la sacristía. El gobierno también comenzó a verlos como una amenaza. En 1970, el secuestro y asesinato de Aramburu por Montoneros, grupo conformado por jóvenes católicos vinculados al MSTM, marcó el inicio del desgaste del movimiento, pero no su final, ya que continuaron apoyando distintas luchas sociales. Su vínculo con la juventud, su crítica al orden social y su defensa de la violencia como respuesta a la opresión colocaron al MSTM en el centro de una polémica que atravesó la Iglesia y la política argentina.

El legado del MSTM no solo dejó una profunda dicotomía entre una Iglesia popular y otra institucional, un debate aún vigente, sino que demostró que, en un contexto autoritario como el argentino entre 1969 y 1971, la unidad entre diferentes actores sociales como la juventud, los trabajadores, los movimientos sociales y un sector del clero que supo dejar el púlpito para salir a la calle fue clave para ejercer el derecho a la resistencia.

Bibliografía:

Catoggio, María Soledad. (2016). Los desaparecidos de la Iglesia. El clero contestatario frente a la dictadura. Buenos Aires: Siglo XXI.

-
- Cavarozzi, Marcelo. (1983). *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Gordillo, Mónica. (2003). Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973., En D. James, (Dir.). *Nueva Historia Argentina Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (pp. 329 -380). Buenos Aires: Sudamericana.
- Gutiérrez, Gustavo. (1975). *Teología de la liberación: Perspectivas*. Séptima edición. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Healey, Mark Alan. (2003). El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en las regiones extrapampeanas. En D. James (Dir.). *Nueva Historia Argentina Tomo IX: Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)* (pp. 169-212.). Buenos Aires: Sudamericana.
- Locke, John. (1690/1994). *Segundo tratado sobre el gobierno civil: Un ensayo acerca del verdadero origen, alcance y fin del gobierno civil* (Trad.). Madrid: Ediciones Altaya.
- O'Donnell, Guillermo. (2009). *El Estado Burocrático Autoritario 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pontoriero, Gustavo. (1991). *Sacerdotes para el tercer mundo: el fermento en la masa (1967-1976)* (Vol. 1). Buenos Aires: CEAL.
- Taranda, Demetrio. (2014). Conflicto en el Chocón: 12 al 20 de diciembre de 1969. *Boletín Del Departamento De Historia*, (10), pág.27–69. Recuperado de <https://revele.uncoma.edu.ar/index.php/boletin/article/view/807>

